

535



25
cts

EL DEDO ACUSADOR

RICHARD
BARTHELMESS

FAY
WRAY

CLARK
GABLE

DILLON, John Francis

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X APARECE LOS MARTES NÚM. 535

The Finger Points, 1931

EL DEDO ACUSADOR

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por

Clark Gable y Richard Barthelmes

Narración de M. NIETO GALÁN

EXCLUSIVAS
RIALBO FILMS

Calle Aragón, núm. 252 - Barcelona

INTERPRETES

Breckeringe Lee . . . RICHARD BARTHELMESES
Narcia Collins . . . FAY WRAY

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

F. Ernest Haller

PRIMERA PARTE

Había dado comienzo a la tarea diaria de la redacción del periódico "La Prensa", cuando en la administración se presentó un joven, que tímidamente se acercó a una de las empleadas y le dijo:

—¿Podría ver al director, señor Wheeler?

Se advertía en la timidez del joven, así como en sus maneras y su forma de vestir que estaba poco acostumbrado a la vida de la gran ciudad neoyorquina. Con el sombrero en la mano resistió la inspección que detalladamente le hizo la joven, hasta que finalmente le contestó:

—El señor director está muy ocupado...

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lee... Breckeringe Lee—respondió el joven mientras daba vueltas al sombrero que llevaba en la mano.

La joven nuevamente le inspeccionó y volvió a preguntarle:

—¿Para qué quiere verle?

—Para pedirle un puesto en el periódico—le respondió ingenuamente el muchacho.

—Lo siento—exclamó la empleada—, pero no puedo avisarle para eso. No hay ningún puesto vacante.

—Es que traigo una carta para él; por lo menos haga que se la pasen.

Aquella segunda petición era mucho más razonable y la empleada no tuvo reparo en llamar a un muchacho y entregarle la carta que le dió Lee, diciéndole:

—Arturo, lleva esta carta al director.

Segundos después el director de "La Prensa" leía la carta enviada por un amigo suyo, el cual le decía:

“Querido amigo: El portador de la presente, es uno de nuestros mejores reporteros. Esta es la primera vez que le recomiendo a alguien, y tal vez sea la última. Deseo que lo emplee, pero no como un favor a mí. El tiene facultades, sólo necesita la oportunidad de utilizarlas. Désela usted en un periódico agresivo como el suyo.

Queda su affmo. amigo.—*Charles Davis.*”

El director, cuando terminó de leer la carta hizo entrar a Lee y le preguntó:

—¿Con que usted es periodista? ¿En qué departamento ha trabajado?

—En redacción—respondió el muchacho.

—¿Pero tenía algo especial a su cargo?—insistió preguntando el director.

—Hacía reportajes en general—siguió diciéndole Lee, sin abandonar su natural timidez.

El director volvió a ojear nuevamente la

carta que había dejado sobre la mesa y adoptando una rápida resolución le preguntó:

—¿Con que usted quiere trabajar en "La Prensa"? —Y a un movimiento afirmativo del muchacho, continuó: —Usted sabrá que no hay plazas vacantes. Tenemos más de trescientos aspirantes y muchos de ellos querrían trabajar sin cobrar sueldo alguno.

—Yo no podría — se apresuró a decirle Lee. — Necesito cobrar para poder vivir.

—Es que de otra forma no merecería trabajar en "La Prensa".

Hizo una breve pausa y siguió diciéndole:

—Ya sabe usted que "La Prensa" es un periódico imparcial y al nombrar un representante asumo una grave responsabilidad. No obstante, como Davis me dice que merece usted la oportunidad, yo voy a dársela.

—Gracias, señor, muchas gracias — exclamó emocionado Lee.

El director, sin hacer caso de las manifestaciones de agradecimiento del muchacho, siguió diciéndole, en tono algo paternal:

—Su carnet de periodista le abrirá las puertas vedadas a la mayoría de las gentes y también será rodeado de tentaciones, pero usted ha estado ya en un periódico y confío en que sabrá conservar su dignidad... Otra advertencia y la última. Quedará usted a las órdenes del jefe de redacción, pero yo por mi parte no



— Gracias, señor, muchas gracias

lo olvidaré para saber los progresos que hace. Venga conmigo.

El mismo lo llevó a la redacción, donde los demás periodistas trabajan en aquellos momentos con la actividad que siempre se nota en los diarios ante la proximidad de la edición y pasando ante las miradas curiosas de los que habían de ser sus compañeros, se acercó a la mesa donde estaba el jefe de redacción y el director le dijo a éste:

—Dele trabajo aquí a este joven.

El jefe de redacción, extrañado de que le enviaras un nuevo redactor, toda vez que la plantilla estaba cubierta, miró a su director y respondió, acatando su orden:

—Si usted lo ordena, pero ya sabe que nos sobra gente.

—Lo sé; sin embargo, búsquele algo.

Lo dejó en compañía del jefe de redacción, quien al cabo de unos segundos, le preguntó:

—¿Le ha fijado sueldo el director?

—No hemos hablado de ello—respondió Lee.

—Pues empezará usted ganando 39 dólares navales. ¿Quiere empezar ahora?

—Se vería mi gusto—contestó Lee.

El jefe llamó a un redactor joven que no hacía más que ir de un lado a otro de la sala de redacción y le dijo:

—Llévelo a la mesa de Crosby, allí le enviaré unos sueltos para que los revise.

Lee, acompañado de su nuevo compañero se acercó a la mesa donde le habían indicado y a cuyo lado había una muchacha, casi de su misma edad.

La joven en cuestión era también una redactora del diario y todos la trataban con el cariño propio de verdaderos compañeros. Era morena, de ojos grandes y negros y en el brillo de sus ojos, acariciadores, se advertía



—La señorita se llama María Collins.

una dulzura exquisita, que cautivó desde el primer instante a Lee.

No obstante, se conformó con dirigirle una inclinación de cabeza y se sentó ante la mesa que le habían indicado. Por más esfuerzos que hacía para abrirla, no veía el medio de hacerlo, hasta que por fin se volvió hacia donde estaba la joven y le preguntó:

—¿Podría usted decirme cómo se abre esta mesa?

—Con los pies—respondió ella sonriendo deliciosamente—. Crosby la abría así. Pero espere un instante.

Y volviéndose hacia donde estaba el joven que había acompañado a Lee, le dijo:

—Venga Charlie, y enséñele cómo se abre esta mesa.

El muchacho fué a la mesa donde estaba Lee, le dió un puntapié y los cajones se abrieron.

—Muchas gracias, compañero—le dijo—. Yo me llamo Lee.

—Y yo Charlie Russell—le dijo el otro. Y queriéndole presentar también a la muchacha, siguió diciéndole:

—La señorita se llama María Collins.

Durante todo el tiempo que duró el trabajo de aquel día, María fué informando a Lee de cuanto había en la redacción, al mismo tiempo que éste le explicaba toda su vida, su llegada a la gran ciudad, sus ilusiones y cuanto pensaba hacer. En resumidas cuentas, cuando terminó la jornada de aquel día los dos jóvenes se habían convertido en verdaderos amigos y hasta Lee se comprometió a acompañarla, cosa que ella aceptó de buen gusto.

SEGUNDA PARTE

Pocos días después se había cometido un doble asesinato por las bandas de contrabandistas y “La Prensa” arremetía contra ellos diciendo en un sueldo:

“NUEVOS ASESINATOS EN PLENA CALLE”

Y bajo este título condenaba la actuación de los contrabandistas y la de las autoridades que no ponían coto a aquellos desmanes, para terminar diciendo:

“La situación es intolerable en una ciudad culta como la nuestra, y “La Prensa” acabará con la corrupción administrativa, denunciando cuanto sepa.”

Y precisamente dos días después se supo que una de las bandas de contrabandistas abría un garito donde se jugaría y se bebería de lo lindo. Lee fué el encargado de hacer aquella información y siguiendo las órdenes recibidas se fué a la casa donde se establecía lo que llamaban Casino y en la puerta se encontró con un hombre que le dijo:

—¿Dónde va usted?

—Quiero entrar—le dijo Lee.

—Esta es una casa particular y no se entra tan fácilmente.

—¡Qué familia más numerosa debe vivir entonces aquí!—exclamó riendo Lee.— ¡Sabe usted cuántas cajas de licor descargaron?

El portero lo miró airadamente y le respondió:

—Siga su camino y no se meta en lo que no le importa.

Pero Lee, sin hacer caso de la advertencia del portero se coló dentro de la casa en el mismo instante que el jefe de la banda entraía en su despacho, seguido de un íntimo amigo suyo, a quien le decía:

—Los salones están muy bien arreglados, Larry.

Antes que su amigo le respondiera se presentó uno de los individuos que componían la banda de contrabandistas y le dijo:

—Hay ahí un reportero que quiere hablar con usted. Vió descargar las cajas y anda haciendo preguntas.

—Tráelo aquí—respondió en seguida el jefe—, quiero ver qué es lo que quiere.

Poco después entraba Lee y le decía:

—Soy Lee, reportero del diario “La Prensa”. ¿Creo que ya lo conocerá?

—Sí, lo conozco—respondió el jefe—. ¿Qué es lo que desea?

—Solamente recoger algunos datos—volvió a decirle tranquilamente Lee—. Tengo que hacer una información sobre su club.

—¿Y por qué lo mandó su periódico, jo-

ven?—le preguntó con cierto retintín el jefe.

—Pues, sencillamente, porque se sospecha que lo que usted va a abrir es una casa de juego y de bebidas.

—Pues le han engañado — respondió el otro—. Este es un club de recreo... sin importancia para su diario. No tiene que escribir nada sobre él.

—Eso es precisamente lo que pretendo averiguar, si hay o no motivo para escribir algo sobre él... ¿Qué objeto tiene este club?

—Puramente social—respondió el otro—. Es un club popular de recreo.

—¿Y tiene usted permiso del Municipio?

El jefe se encaró con él y mirándolo airadamente le respondió:

—¡Oiga, joven! Ya le he dicho que no tiene que escribir nada. No quiero que su periódico se ocupe de mi club, ¿me entiende?

—Ni una palabra... No comprendo lo que usted quiere decirme.

El amigo del jefe, que hasta entonces no había intervenido en la conversación, se acercó al periodista y le preguntó:

—¿Qué tiempo lleva usted en el periódico?

—Unas dos semanas—respondió Lee.

—¿Y qué sueldo tiene?

—39 dólares semanales—volvió a decirles Lee.

—Está bien—respondió el otro acercándose más a él y diciéndole insinuante:

—¿Y cuánto quiere para olvidar todo lo que ha visto? Compréndame usted, ¿cuánto necesita para olvidar ese reportaje?

—Nada—exclamó Lee con la honradez característica en él—. Me pagan para que trabaje y he de cumplir mi misión.

—¿No tiene bastante con mil dólares?— le preguntó el amigo del jefe.

Lee movió la cabeza negativamente y otra vez le ofreció el otro:

—¿Dos mil?

Nuevo gesto negativo de Lee y el jefe de la banda, enfurecido por la negativa del reportero, se encaró con él y le dijo:

—¡Oiga usted!... ¿Cuánto quiere entonces por callar?

Su amigo, viendo que el otro no sabía llevar aquel asunto en la forma debida, lo cogió por un brazo y le dijo, a la vez que le indicaba una habitación contigua:

—Quiero hablarle, Louis, y usted haga el favor de esperarnos.

Cuando estuvieron los dos contrabandistas solos, el otro, el jefe exclamó:

—Por qué perdemos el tiempo con ese imbécil?

—Porque es un novato que no sabe lo que se pesca y hay que callarle.

—Pues se le manda al otro barrio y en paz.

—Eso es una locura... ¡Matar a un repor-

tero, para que toda la prensa se ponga en contra nuestra y tener que huir de la ciudad. Déjate de tonterías. Todo hombre tiene su precio y éste también lo tendrá.

Pero cuando salieron de allí, para volver a tratar con el reportero, se encontraron con la desagradable sorpresa de que éste se había marchado.

Y resultado de aquella visita, fué que "La Prensa" denunciara la existencia de la casa de juego, donde había estado Lee.

El mismo día en que apareció el artículo de Lee denunciándola, por la noche, cuando más animado estaba aquella especie de club, la policía hizo su aparición y los asistentes, presos del mayor pánico pretendieron huir. Sin embargo, la policía había copado todo el edificio y ni uno de ellos se escapó. Fueron introduciéndolos en los camiones que al efecto había llevado la policía, mientras que algunos reporteros gráficos tomaban fotografías de lo que sucedía y Lee, detrás de uno de los camiones contemplaba su obra.

El jefe de la banda al salir conducido por la policía vió al reportero y le amenazó diciéndole:

—Algún día nos veremos las caras, amigo. Ya verá usted quién es Louis Hayes.

Sin embargo, Lee ni le dió importancia a la amenaza, ni siquiera se tomó el trabajo de

pensar si podría tener efecto lo que le decía el contrabandista.

Pasaron los días, sin que nada nuevo viniera a alterar la vida del joven repórter. Por otra parte, tampoco tenía Lee durante aquellos días mucho tiempo de sobras, pues su amistad con María había ido haciéndose cada vez más íntima, hasta que el joven se dió cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ella. Comprendía, por la actitud de la joven, que tampoco le era indiferente, pero se absténía de decirle nada, pensando que con 39 dólares a la semana poca cosa podía ofrecerle. Era preciso que diese otro golpe de efecto, como el que había producido su artículo contra la casa de juego de Hayes, y entonces estaba seguro de que le aumentarían el sueldo.

Así se lo decía a María, quien mirándolo cariñosamente, comprendió la ignorancia en que vivía su amigo y le dijo:

—Está usted equivocado, Lee; en la redacción no le aumentarán a usted el sueldo y se expone a que le ocurra algo grave.

—No tenga cuidado—respondió él, con el optimismo propio de su juventud—. Con un periodista son incapaces de meterse esa gente. Nos tienen mucho miedo.

Se despidió de ella para ir a la redacción y cuando iba por la calle se acercó a él un individuo diciéndole:

—¿Me haría usted el favor de un fósforo?

Lee, sin adivinar nada, sacó su caja de cerillas y se la ofreció al desconocido, que encendió un cigarrillo y continuó marchando a su lado. Lee se dió cuenta de que algo anormal sucedía y le preguntó:

—¿Llevaba usted este camino?

—Sí a usted no le parece mal—sí—respondió descaradamente el otro.

—Todo lo contrario — replicó Lee—. Me alegro de llevar su compañía.

—Así lo creo—exclamó el otro.

A los pocos pasos se acercó un viejo individuo y se colocó al otro lado de Lee, que comprendió que la cosa se iba poniendo mucho peor de lo que él pensaba. El que nuevamente se había acercado a Lee, sin esperar un instante, le dijo:

—¿Se acuerda usted de nosotros?

—No—respondió Lee—. Creo que no los he visto en mi vida.

—Pues ya se acordará... Tenga la seguridad de que se acordará.

Y al volver una esquina, antes que Lee pudiera impedirlo, se vió sujetado por aquellos individuos que lo metieron en una casa, cerrando inmediatamente la puerta tras ellos. Lee, que en varias ocasiones había demostrado poseer unos músculos de acero, se aprestó a la defensa y al recibir el primer puñetazo de uno de sus agresores respondió con otro, que lo hizo rodar por tierra. El otro compa-

ro arremetió también contra el periodista, pero éste repitió su hazaña y tuvo a los dos tendidos en el suelo. Intentó huir, pero al hacerlo un tercer individuo que hasta entonces no había visto se encaró con él y empezó una nueva lucha, que dió tiempo para que los otros se levantaran.

Ya no se valieron de las manos, sino que empuñaron unos garrotes y empezaron a asesnarle garrotazos al infeliz muchacho, hasta dejarle tendido en el suelo, sin conocimiento y con varias costillas rotas.

TERCERA PARTE

Cuando se supo lo que había ocurrido a Lee, "La Prensa" puso el grito en el cielo censurando a las autoridades el abandono en que tenían a los ciudadanos, pero lo que no pudo impedir es que Lee tuviese que estar en el hospital sometido a una dolorosa cura y a una inercia de varias semanas. Durante todo este tiempo, María no dejó un solo día de ir a verle y cuando ya el doctor dió por segura su curación, María sintió la alegría más grande de su vida.

Otro de los que no faltaban tampoco a la clínica era el simpático Charlie. Este había intimidado con Lee y casi a diario, ya que

en el periódico era poco su trabajo, iba a la clínica y se estaba con él algunos ratos.

Una de las veces al llegar a la clínica y entrar en la sala, se encontró allí a María con Lee, y procurando ocultar los celos que aquello le producía, exclamó alegramente:

—¿Creí que estaría solo?

—No—respondió Lee, mirando amorosamente a María—. María ha sido tan buena que ha venido a hacerme compañía y a traerme ese regalo.

Charlie miró el regalo que había traído la muchacha y exclamó:

—¡Qué uvas más apetitosas!... ¡Voy a probarlas!

Mientras se entretenía comiendo uvas le dijo a su amigo:

—Ya me ha dicho el doctor que no hay cuidado y que pronto te pondrás bueno del todo... Pero ahora ten cuidado con lo que haces.

—¿Cómo sigue la campaña contra esa gente?—preguntó Lee.

—No hubo más víctimas. Los demás no queremos ser quijotes.

María intervino en la conversación, para regañar a su compañero que no dejaba en paz las uvas que ella había traído para el enfermo y le dijo:

—Charlie, ¿quieres hacer el favor de dejar



— ¡Si supieras todo lo que yo te amo!

en paz las uvas? Las traje para Lee, no para ti.

— Bueno, está bien... Comprendo que tenéis ganas de quedáros solos y me voy.

Y cogiendo por última vez un ramo de uvas salió de la habitación, mientras que María exclamaba indignada:

— No hay derecho a que se haya comido todas las uvas. Si me doy cuenta no le dejo entrar.

Lee sonrió ante la actitud de la joven y cogiéndola por una mano le preguntó anhelante:

— María, ¿por qué ha sido usted tan buena conmigo? ¿Por qué no ha dejado ni un solo día de venir a verme?... ¿Qué es lo que quiere decir todo esto?

La muchacha sonrió ante las preguntas de Lee y echando el asunto a broma le respondió:

— ¿Es que voy a tener que confesarme con usted?

— No es necesario—exclamó él haciéndola sentar más cerca de él—. Yo me hago la ilusión de que todo eso lo hace porque me ama... ¿Estoy en lo cierto?

— Naturalmente, tonto—respondió riendo la muchacha.

Lee no pudo contenerse y estrechándola en sus brazos le dijo:

— Nunca hubiera creído tanta felicidad. ¡Si supieras todo lo que yo te amo! Ahora es cuando tengo más deseos de subir, para ganar dinero y poder casarnos en seguida.

— Y subirás—le dijo ella acariciándola como si fuera un chiquillo—. Ya verás cómo subes y entonces podremos pensar en nuestro matrimonio.

Y cuando los dos muchachos estaban a punto de besarse, entraron a decirle que había

terminado la hora de la visita y María se despidió de él diciéndole:

—Mañana volveré por aquí... a charlar un rato.

Una semana después, las relaciones de María y Lee estaban ya casi formalizadas. Los dos jóvenes no se separaban más que en las horas del trabajo y la primeza vez que Lee hizo su entrada en la redacción tuvo que aguantar las bromas de sus compañeros, que le llamaron Quijote, por su artículo y por la recompensa que había obtenido. Sin embargo, Lee estaba orgulloso de haber cumplido con su deber y poco le importó todas aquellas bromas de que le hacían objeto sus compañeros.

Pero lo que más le perocupó a Lee fué que encontró entre los papeles que había sobre su mesa varias cartas reclamándole el importe de algunos medicamentos y otros gastos que le había originado su enfermedad.

María le miraba detenidamente y adivinaba por la expresión del rostro de su novio que algo grave debía ocurrirle. Este al cabo de unos segundos se levantó de su puesto y fué a donde estaba el jefe de la redacción para decirle:

—Quiero hablarle sobre algo.

—¿Qué le pasa? —preguntó el jefe, sin dejar de escribir.

—Pues que tengo que pagar la clínica y creo que el periódico podría ayudarme en algo.

Ya que me agredieron por escribir aquel artículo que tanto ruido dió.

—¿Y quiere usted que paguemos nosotros ahora? — preguntó airadamente el jefe—. Pues no puede ser. Yo no puedo autorizar ese pago.

—En todo caso, si no puede hacer eso, podría aumentarme el sueldo—pidió Lee.

—¡Usted está loco! —exclamó el jefe de redacción—. ¿Aquí hay quien lleva más de un año sin tener ningún aumento, y usted quiere tenerlo ya en unas cuantas semanas?

—Creo que lo merezco por el trabajo que he hecho—insistió Lee, no comprendiendo cómo lo trataban así, después de haber estado a punto de morir por el periódico.

—También pusimos su nombre al pie del artículo... ¿Todavía quiere que hagamos más por usted?

Comprendió Lee por la actitud de aquel hombre que todo cuanto insistiera era inútil y sin tratar de convencerlo más, le dijo finalmente:

—En ese caso... ¿no podría usted hacerme algún anticipo?

—¿También eso? —exclamó el jefe—. ¿Ya va usted a empezar a pedir anticipos?

—Perdone usted — se apresuró a decirle Lee—. No quiero nada y le prometo que no volveré a molestarle más.

Y sin esperar más respuesta volvió de nuevo

a su puesto, a donde María lo esperaba con la intranquilidad que le había producido la actitud de su novio.

Recogió el muchacho todos sus papeles y salió decidido de la redacción. María intentó detenerle para preguntarle qué era lo que le pasaba, pero Lee se deshizo de ella diciéndole:

—Nos veremos luego. Tengo que pensar cómo pagaré lo que debo.

De la redacción se fué directamente a donde tenía su despacho Larry, el amigo de Hayes, que aquella ocasión le ofreció unos cuantos dólares por su silencio. Iba decidido a admitirle lo que le diera con tal de no tener que esperar nada del periódico en que trabajaba, ya que tenía la seguridad de que nunca le reconocería el jefe sus méritos. Y puesto que el periódico no le servía para vivir, le serviría por lo menos para sus combinaciones.

En la puerta del despacho de Larry se encontró con los mismos individuos que le habían suministrado la paliza, mas sin detenerse entró directamente al despacho de Larry y le dijo:

—Vengo a hablar con usted. Ya sabe que "La Prensa" puede hacerles daño y si usted quiere nos podemos poner de acuerdo:

Larry sonrió amablemente y le preguntó:

—¿Lo pensó bien?

—Absolutamente. Estoy decidido a que

"La Prensa" no publique nada más que lo que a nosotros nos interese.

—Bien, muy bien — respondió Larry—. Ahora verá como se trabaja este asunto.

Llamó por teléfono y cuando se puso en comunicación con la persona que deseaba le dijo:

—Joe, tengo que darte una mala noticia... "La Prensa" tiene ya los informes y enviarán a un reportero... Es el mismo que denunció la casa de Hayes... No, hombre, es imposible matar a un reportero, pero, sin embargo, se le puede convencer para que no diga nada... Todo es cuestión de saber cuánto vale su silencio.

Esperó a que el otro hablara y nuevamente le dijo:

—Este muchacho no se vende barato... Te costará veinte mil dólares... Bueno, de acuerdo... Adiós.

Se volvió hacia Lee y le dijo riendo:

—¿Ha visto usted que fácil? Ya está todo hecho. Veinte mil dólares para que "La Prensa" no hable.

—¿Y si lo hace otro periódico?

—No lo hará nadie—respondió Larry—. "La Prensa" es la que alborota a la policía. Teniéndola a ella de nuestra parte no hay nada que temer. Usted puede ahora acaparar la sección de policía. Pídala y se la darán. No le faltará trabajo. Yo mismo le informaré de

cuanto interese y nadie podrá estar mejor enterado... Ya verá usted qué negocios hacemos. Usted con su fama de intrépido investiga, yo medio, propongo el pago de cierta cantidad y nos repartimos los beneficios. Ahora le tocan cinco mil dólares.

—¿Cinco mil dólares? ¿No serán diez mil?

—No, hombre, ahora son cinco mil... Más adelante...

Lee aceptó aquella cantidad y a partir de aquel día se le vió progresar rápidamente. Ya no era el simple repórter que andaba siempre a la caza de un dólar. Vestía elegantemente y María observaba extrañada este cambio en su novio, sin poder comprender a qué atribuirlo. Sabía que su sueldo era el mismo que antes y que a pesar de ello había pagado todas sus deudas y había incluso cambiado de hospedaje para adquirir uno nuevo de más lujo.

Empezó a sospechar de los manejos de Lee y una mañana cuando ella estaba en el banco para depositar sus pequeños ahorros, vió entrar a Lee. Procurando que él no la viese lo siguió y le oyó decir a uno de los empleados:

—¿Puedo entrar a mi caja?

El empleado abrió la reja y Lee entró directamente al departamento de cajas. Abrió la suya y María vió como guardaba en un sobre varios fajos de billetes. Ya tuvo la seguridad del chantage que hacía su novio y

cuando éste salió y se la encontró allí, le preguntó al advertir su tristeza:

—¿Qué te pasa, María? Te encuentro cambiada.

Ella se le quedó mirando y le dijo:

—Es horrible pensar como te ha cambiado la ciudad... Ya no eres el mismo de antes.

—No seas tonta, chiquilla—respondió Lee.

—¿Por qué no voy a ser el mismo que antes?

—Porque ya no es sólo el sueldo del periódico el que tienes. Tú te vales del periódico para venderte a los contrabandistas.

—No hago más que lo que debo hacer— respondió Lee—. En un principio quise ser leal con el diario y se me rieron. Justo es que ahora me gane la vida de otra forma. Es una justa compensación. Además, gracias a mí, "La Prensa" es el periódico mejor informado.

—Claro, como que tus informes los tomas de las mismas fuentes.

—Un mérito más como redactor—respondió Lee.

La muchacha trató de convencerlo de lo expuesta que era su conducta, pero Lee no se avino a razonamiento alguno y siguió en su complicidad con los contrabandistas, hasta el punto de romper sus relaciones con María.

CUARTA PARTE

Ya no se contentaba Lee con negocios de pequeña monta. Su ambición iba siendo cada vez mayor y su fortuna acrecentaba enormemente. Estaba decidido a recoger unos cuantos miles de dólares más, para casarse con María y abandonar aquella vida y hasta el periódico. Había adivinado el único medio de conseguir su propósito y cada vez eran sus exigencias mayores.

Cierto día se presentó a casa de Larry y le dijo:

—¿Te has enterado del asunto de Vaverly?

—¿Quién te ha hablado de él?—preguntó el otro extrañado.

—Ya sabes que son pocos los asuntos que a mí se me escapan. Ese individuo está creído que podría abrir sin mí y voy ha demostrarle que está equivocado. Escribiré sobre su negocio y ya verás lo que tarda la policía en deshacerse de él.

—No hagas tal cosa—le dijo Larry—. Ese individuo es de cuidado.

—Pues que afloje como los demás—respondió el periodista—. Su negocio va a ser enorme y justo es que pague más que nadie, si quiere que me calle.

—Está bien—respondió Larry—. Hoy ire-

mos a ver a Vawery y le hablaremos del asunto. Déjame que antes lo prepare yo.

Y tal como se lo propuso Larry lo hicieron, de forma que aquella misma tarde quedó concertada la entrevista entre el jefe contrabandista y el redactor.

Con todo género de precauciones fué introducido Lee al despacho de Vaverly y cuando estuvo junto a éste le dijo el contrabandista:

—¿Piensa usted escribir algo sobre mi nuevo negocio? Ya sabe que no quiero tener ningún tropiezo.

—De usted únicamente depende—respondió tranquilamente Lee.

—Yo quiero que su diario no diga nada.

—¿Nada más?—preguntó sonriendo Lee.

—¿No le parece bastante?

—Para el diario tal vez, pero para mí, no— exclamó Lee, con gran aplomo—. Si quiere abrir ese negocio le conviene abrir la bolsa también.

—Me lo esperaba—respondió el contrabandista—. ¿Cuánto quiere?

Lee hizo mentalmente el cálculo y respondió:

—Usted ha invertido en él tres millones... Pues pongamos cien mil para mí. Eso no tiene valor al lado de lo que puede perder si hablo.

Y uno ofreciendo y el otro manteniéndose



- Anoche nos casamos María y yo.

en su posición primera, llegaron a una inteligencia, pero con la advertencia de Waverly, que le dijo:

—Le advierto que si algo se habla, si me traiciona usted, no lo hará más que una vez, porque irá al otro barrio.

Y mientras hacía esta amenaza, el dedo de aquel hombre se dirigía hacia su sien, como si fuera el cañón de un revólver.

Quedó concertado el trato y aquel mismo

día Lee cobró el cheque y su importe lo guardó con el otro capital que tenía en su caja. Ya tenía lo suficiente para retirarse de aquella vida. Ya había ganado bastante y ahora, para que su felicidad fuese completa, no tenía más que casarse con María.

A tal propósito aquella misma noche se dirigió al domicilio de la muchacha y ante el gesto de extrañeza de ésta al verlo, le dijo:

—María, es preciso que hablemos de una vez.

—¿Qué puede usted decirme que me interese? —respondió la joven.

—Quiero explicarle mi vida, para que usted no vea en ella nada censurable. Yo nunca he sido cómplice de toda esa gente a la que odio con toda mi alma. Solamente he querido reunir el dinero suficiente para casarnos. Si usted quiere, esta misma noche podemos hacerlo y abandonar la ciudad y el periódico.

Eran tan sinceras las palabras de Lee, que María empezó a dudar. Ella también le amaba y por lo mismo, al menor indicio de cambio de vida sintió renacer otra vez en su corazón la esperanza del amor perdido y terminó accediendo a la petición de Lee de casarse aquella misma noche.

Mientras ellos realizaban aquella ilusión de su vida, en el diario, Charlie, que se había enterado del negocio de Waverley, le proponía al jefe de la redacción escribir un artículo so-

bre aquel particular, pero el otro le respondió:
—Ya sabe usted que esa sección está a cargo de Lee. Búsquele y dígale cuanto sepa para que él la escriba.

Telefoneó Charlie a casa de Lee, pero, como es natural, no lo encontró; hizo lo mismo al café donde solían estar sus compañeros y tampoco lo encontró, hasta que finalmente, al cabo de dos horas de buscarlo inútilmente, decidió escribir él mismo el artículo y se lo entregó al jefe.

Le costó no poco trabajo convencerlo, pero en vista de la importancia que tenía la denuncia de Charlie, lo mandó publicar.

Al día siguiente, satisfecho Charlie de su artículo fué a ver a María y quedó sorprendido de ver en su casa a Lee.

—No te extrañes—le dijo éste—. Anoche nos casamos María y yo.

El muchacho procuró ocultar el sentimiento que le causaba aquella boda y por toda respuesta le entregó un número de "La Prensa" en el que figuraba su artículo contra Vawerley.

Lee quedó anonadado. Comprendió que aquel artículo podía costarle la muerte y cuando quedó solo se vistió rápidamente, para sacar el dinero del banco y huir con María de la ciudad, antes que pudiera caer en manos del contrabandista, que sin duda creería que había sido él el que le había denunciado.



- No salgas Lee, te van a matar.

Veía ante sí el dedo acusador de aquel hombre y sentía recorrer por todo su cuerpo los escalofríos de la muerte.

Llamaron por teléfono y se puso al habla, oyendo a Vawerley que le decía:

—Ya le dije que si me hacía traición le mataría. Usted lo ha hecho y yo cumpliré mi palabra.

—No podrá usted asustarme—exclamó desesperado Lee—. Oigame... A un repórter no se le mata tan fácilmente.

María, que había oído estas palabras, al ver que su marido quería salir, se abrazó a él diciéndole:

—No salgas, Lee, te van a matar...

—No tengo más remedio que ir al banco a recoger nuestro dinero para ir a la estación.

Y zafándose del abrazo de la que ya era su esposa, salió a la calle.

Apenas había andado varios pasos cuando unas descárregas hicieron que cayese mortalmente herido y terminase allí su vida de repórter.

Al día siguiente todos los diarios hablaban elogiando la conducta de Lee, mientras que desde un balcón, Waverly veía pasar el cortejo fúnebre y se decía:

“El que a mí me la hace, me la paga”... Veremos si se atreve otro.

FIN

SOLAMENTE EN
Ediciones BIBLIOTECA FILMS
y
Selección FILMS DE AMOR

aparecen las nuevas estrellas
en sus más portentosas creaciones.

MARLENE DIETRICH

FATALIDAD
EL EXPRESO DE SHANGHAI
LA VENUS RUBIA

MARTHA EGGERTH

DIPLOMÁTICO DE MUJERES
VUELAN MIS CANCIONES
AUDIENCIA IMPERIAL

FRANCISKA GAAL

VERONICA (La florista).
PAPRIKA (Granito de sal).

MAE WEST

NACIDA PARA PECAR (Lady Lou)

MAGDA SCHNEIDER

AMORIOS (Liebelei).
HOY O NUNCA (en prensa).

LINE NORO

MATER DOLOROSA

GABY MORLAY

FELIPE DERBLAY

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 peseta
Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.